

Desafíos y oportunidades de las Academias

JOSÉ ÁNGEL SÁNCHEZ ASIAÍN*

En el Encuentro de Madrid de la “Academia Europea de Ciencias y Artes”, para debatir sobre cómo las Academias pueden ayudar a la Sociedad, hemos escuchado brillantes disertaciones en busca de lo nuevo, de lo actual, de lo que conviene y antes no parecía convenir. De lo que antes convenía, y ahora se nos antoja como poco apropiado a nuestras culturas, instituciones, modelos, o planteamientos. Disertaciones que, desde diferentes ópticas y perspectivas, concluyen que en una sociedad que ya ha puesto un pie en un nuevo milenio, la emergencia de nuevos compromisos y desafíos debe obligarnos, a todos cuantos de una u otra manera estamos implicados en el negocio de las ideas, *necotium* que no *business*, a reflexionar seriamente sobre la oportunidad, y sobre la necesidad de cambiar algunas de nuestras fronteras mentales.

* Presidente de la Fundación BBV.

Porque en el difícil compromiso entre el pasado y el futuro, que hemos convenido en llamar presente, las nostalgias de ayer se concilian, cada día con mayor dificultad, con los desafíos de mañana. Y cada vez nos va resultando más difícil comprometernos, desde las antiguas fronteras, con un futuro que se adentra en el presente, sin demasiadas ceremonias ni miramientos.

Y en este contexto, frecuentemente tenemos la tentación de hablar de situaciones de ruptura. De la necesidad de poner remedio a muchas cosas y hábitos, para continuar progresando hacia el progreso, y para continuar respetándonos a nosotros mismos. Defendiendo unos principios de comportamiento, por encima de los meros objetivos de supervivencia del individuo. Es decir, atrincherándonos en nuestra dignidad de seres humanos.

Aunque todavía parece muy difícil sugerir alternativas, o proponer remedios a este desasosiego crítico. Y no son pocos los que tienen el sentimiento de que, en otros momentos, en otras ocasiones, las cosas fueron igual de cuestionadas y cuestionables, y parecidamente urgentes de urgencias. Es posible. Pero también lo es que en el conflicto entre el pastor y el lobo las que siempre pierden son las ovejas.

En esta hora de terminar nuestra reflexión conjunta sobre la función de las Academias, sobre sus compromisos, y sus oportunidades, sólo puedo atreverme a presentar algunas pequeñas reflexiones personales, por si fueran susceptibles de ser incorporadas, como sencillas notas a pie de página, a ese discurso diferente que, sin duda, ha de surgir como primer fruto de las aportaciones sobre el futuro de las Academias.

Mis reflexiones comienzan en la Italia del Quattrocento. Cuando ya las innumerables Academias que sirvieron de modelo a Europa habían recogido las inquietudes de una nueva forma de pensamiento, abierto a la experimentación y al análisis crítico. En un proceso de fermentación intelectual que se extiende desde el siglo XIII hasta el XVII, y en el que las Escuelas y las Academias del Renacimiento alcanzaron un particular esplendor. Porque gracias a ellas se consiguió un estilo de pensamiento científico, basado en el conocimiento experimental, y que fue esencialmente el mismo en toda Europa. El mismo en su lógica, en sus técnicas, y en sus fundamentos.

A partir de este momento, la vida de las Academias, cuya historia tan bien ha sabido contar el Profesor Laín Entralgo, definiendo, con la simplicidad de la sabiduría, sus funciones y su razón de ser, discurre paralela a ese gran cambio de estilo del pensamiento griego y de una aportación islámica, a veces no adecuadamente valorada posteriormente.

Una vida llena de servidumbres y contradicciones, en la que el empeño por demostrar experimentalmente una nueva hipótesis corre paralelo a la eficacia por descartar otra previa. En la que el sentido occidental del *continuum* obliga a encontrar causalidades permanentes o, al menos, permanentemente observables. Una vida en la que, como dice Paul Davies, el protagonismo permanente de un Dios Creador excita en la búsqueda de las leyes con las que la mente de Dios creó el Universo, pero en la que la particular preocupación por la verdad objetiva, termina finalmente apoyándose, casi exclusivamente, en el concepto siempre comprometido de lo evidente.

Una aparente neutralidad ésta, que frente a valores otros que la verdad y la economía estética de la prueba sería fuente constante de conflictos y desasosiego con otros valores y creencias, usados comúnmente como referentes en el comportamiento humano.

Y es a partir de este proceso de cambio de estilo y cambio de actitudes, cuando las Academias consiguen erigirse en atalayas de un nuevo humanismo y, al mismo tiempo, en guardianes de las fronteras intelectuales de occidente, sin por ello olvidar su misión de sacudir el árbol del saber, cuando éste ya se había anquilosado en las universidades.

Afirmar que este protagonismo académico participó activamente en la gestación de la Enciclopedia, de la Revolución Francesa, y del Siglo de las Luces, parece contradecir a Fontenelle para quien las Academias representaban “un dulce lecho donde el ingenio duerme”. Reproche a las Academias, fruto unas veces de la desazón, casi siempre de la impaciencia, pero presente también en nuestros días, y que no deberíamos echar en saco roto.

Porque pocas Academias están dormidas, pero ya no hay dudas de que el espíritu que desde Platón iluminó sus preocupaciones y objetivos, sus vanidades y sus éxitos, sus intransigencias y sus libertades, necesita hoy de un nuevo resplandor, y de una nueva conciencia de servicio y responsabilidad, frente a una sociedad ofuscada por el éxito de lo efímero.

Por ello, sin descartar su papel de sociedades de eruditos y doctos, o de centros superiores del arte y el saber, las Academias deberían aceptar, una vez más, la misión de estructurar de forma integrada las inquietudes de una nueva sociedad, cada vez más desorientada y más propicia a diluir responsabilidades.

Teniendo en cuenta que esta sociedad de nuestros días, aparentemente desconectada de sí misma, es más completa y compleja que la sociedad elitista del pasado. Y que la imagen de las Academias, como guardianes de los estilos de pensamiento de occidente, tendría que transformarse, sin perder el rigor que les es propio, en una imagen menos elitista y protectora, y mucho más abierta y comprometida con los grandes desafíos del mañana.

Porque parece claro que las nuevas inquietudes del individuo humano necesitan hoy nuevos foros de sedimento y de reflexión. Y unas nuevas Academias que sean capaces de crear nuevos estilos de pensamiento, y nuevos paradigmas científicos, desde los que se puedan dar respuestas al sentido del saber, pero dentro del sentido del vivir.

De un sentido del vivir, en el que los seres humanos de nuestros días parecen haberse convertido en leñadores de equilibrios que tardaron miles de años en conseguirse. En leñadores, a veces, de sus propias culturas, porque, como ha dicho el Profesor Hackens, la cultura significa también equilibrio. Y ello nos está convirtiendo en huérfanos de nosotros mismos, y en enemigos de nuestra propia esperanza.

Porque la esperanza y la responsabilidad no parecen encontrar confortable aposento en un entorno vital caracterizado por el despilfarro, por el excesivo predominio de la banalidad, por el escepticismo de la razón frente a las intuiciones razonables, o por la dificultad de distinguir entre lo incoherente de la reflexión urgente y la urgencia de la reflexión integrada y transparente. También

por la abundancia de debates para no debatir, donde ni siquiera estamos de acuerdo en la naturaleza de nuestros desacuerdos, confundiendo no pocas veces el consenso con la certeza, y la certeza con la verdad.

Un entorno vital, cada día más deteriorado por el abuso del concepto de globalización. Globalización a la que se están achacando muchas culpas que no tiene, como sostiene el Profesor Velarde, y que frecuentemente se utiliza tan sólo como embalaje de la desorientación.

Un entorno vital, sin embargo, que viene reclamando insistentemente un impulso original de esperanza, esperanza que no aparecerá plenamente hasta que dispongamos de una renovada confianza en nosotros mismos, frente a las dificultades de comprender el presente, y que sólo podrá sustentarse sobre una verdadera renovación del compromiso de los intelectuales con sus propias responsabilidades. Responsabilidades que sean capaces de excitar sus mentes rigurosas, abiertas, para suscitar y propiciar juntos nuevas alternativas. Unas alternativas que antes de preocuparse de perfeccionar o de diseñar nuevos modelos de sociedad, sean capaces de reordenar adecuadamente nuestras actitudes y nuestras actuales fronteras mentales.

Y pienso que en la búsqueda y en la evaluación de esas alternativas, las Academias tienen ahora la oportunidad de reinventar su tradicional papel de suprema enseñanza disciplinar, para convertirse en foros de la transdisciplinaridad intelectual. Para convertirse en lo que me atrevería a considerar como las Academias después de las Academias.

A la hora de proponer una acción, tenemos siempre que decidir previamente cuál ha de ser su objetivo. Si decidimos, por ejemplo, que el objetivo del progreso ha de ser la protección y la mejora de la vida, o la felicidad de los seres humanos, tendremos previamente que definir en qué consiste la felicidad. Porque esa palabra tiene sentidos muchas veces contradictorios en las diversas sociedades y culturas. E incluso parece que el concepto de felicidad también ha sufrido importantes modificaciones dentro de nuestra propia cultura occidental.

Sin embargo, comprender todo esto con suficiente claridad no resulta fácil en un mundo mediatizado por un exceso formal de información, e inducido a participar activamente en su propia mediatización, anegada, por otra parte, de falsas presencias, como señala el Profesor Pinillos. Y navegar en esta *hiperrealidad sin referentes*, requiere una disciplina y una precisión intelectual importantes.

Jürgen Mittelstrass nos dice que nuestro mundo de hoy, al que, en honor a Leonardo da Vinci, él llama el Mundo de Leonardo, es un mundo obra del hombre, en el que el mundo comúnmente llamado *natural* sólo existe de forma marginal, arrinconado en los límites de nuestro protagonismo. Vayamos donde vayamos, descubrimos que “el hombre ya ha estado allí”, armado de sus conocimientos científicos y tecnológicos. Produciendo, construyendo, administrando, destruyendo. Porque somos una especie enormemente eficaz, según el Profesor Eibl-Eibesfeldt. Diríamos que el planeta se nos ha quedado pequeño. Que ya no nos movemos en él como extraños, como extranjeros, como descubridores del Mundo de Colón. Ni que tampoco estamos vinculados a él por medio de su interpretación y de sus símbolos, lo que correspondería al Mundo de Leibniz.

Estamos, pues, viviendo en un mundo artificial, en el que cada vez hay menos mundo natural con el que compararnos. Y por ello los constructores de este mundo, es decir nosotros mismos, estamos empezando a sentirnos como encerrados dentro de él. Poco a poco nos vamos haciendo a la idea de que incluso la propia naturaleza del hombre puede ser cambiada, en la misma medida que lo está siendo el mundo físico y social. Y de ahí a convertir al propio ser humano en un artefacto más, apenas queda camino.

Creo que ello proporciona otra nueva oportunidad a las Academias del futuro. La de constituirse en guardianas de ese “último camino”. Pero no desde viejas actitudes y viejos proyectos, sino desde nuevos procesos de reflexión. Desde un nuevo lenguaje mental, abierto a nuevas fronteras y estilos de pensamiento y de comportamiento. Nuevos estilos, que sean capaces de hacer frente con ventaja, por ejemplo, a los problemas de la inadecuada gestión de la violencia, o de debilitar la gestión prioritaria de la soberbia y del poder, o de elaborar una bioética y una ética económica, más adecuadas a la naturaleza trascendente del hombre.

En su ensayo sobre el sentido de la vida, Luc Ferry nos proponía recientemente una reflexión sobre el hombre-Dios, como reacción al hombre artefacto. Porque la ciencia nos describe el mundo tal como es, pero no tal como debería ser. De esta manera, el deseo y el amor por la sabiduría fructifican hoy con demasiada frecuencia y de forma incontrolada, al margen de las disciplinas académicas. Y cada vez son más, o cuando menos cada vez son más notorios, los que tratan de abrirse camino reconstruyendo antiguas formas de espiritualidad, actualizadas y expresadas en el lenguaje de nuestros días. Actitud, que en el fondo oculta algo enormemente grave para el sentido de nuestras vidas. Porque oculta la desesperanza.

Y frente a esto, nunca han funcionado los proyectos y remedios heroicos, intransigentes con las grandes opciones de la libertad del ser humano. Tampoco han funcionado las fortalezas de la intolerancia ni rechazo a ultranza. Porque actuando de esta manera, difícilmente se defiende una jerarquía de valores, cuando los propios valores son ignorados o preteridos. Actuando de esta manera, las leyes y la justicia se resquebrajan protegiendo excesivamente la Norma y olvidándose del ser humano. La cultura del trabajo deja de desempañar su papel de redistribuidora de riqueza, de cohesor social y familiar, para volver a las viejas leyes del mercado. Las pasiones de identidad pierden gran parte de su nobleza. Y para algunos, la intransigencia y el racismo parecen convertirse en actitudes plausibles y eficaces.

No es, desde luego, la primera vez que esto ocurre. Pero deberíamos ser capaces de hacer que sea la primera que alguien evite sus consecuencias, desde una alta competencia y responsabilidad intelectual. Y las Academias harían bien en recoger este desafío, en un impulso conjunto de reconciliación con ellas mismas. En un esfuerzo de disciplina y excelencia mental, que les lleve a redescubrir, desde nuevas ópticas y fronteras intelectuales, y desde una nueva sensibilidad, el sentido permanente de la transcendencia humana.

En un esfuerzo, también, por mirar hacia abajo, pero sin distancia, a las ideas y a las personas en sus centros de convivencia, propiciando en las Escuelas y Universidades la fecundidad y la aventura intelectual, más que la monotonía y el conformismo. Porque desde estos centros, donde las ideas suelen nacer cuando el esfuerzo y el respeto a la libertad reciben el influjo del viento de la excelencia, se alimentan los sillones y se defienden las medallas de las Academias.

Debo agradecer a la Corona, cuyos antecesores fueron siempre tradicionales impulsores de las Academias en Europa, y hoy feliz protectora moral de las Academias Españolas, su singular presencia en el Encuentro de Madrid. Al entrar en un nuevo siglo, las Academias reservan a la Corona el papel de impulsor de excepción de su nuevo renacimiento y de su nuevo afán de servicio a la sociedad.

Y como colofón, me permito felicitar y alentar a quienes en este Encuentro de Madrid de la “Academia Europea de Ciencias y Artes”, han logrado definir, con tanto rigor y competencia como entusiasmo, las líneas maestras de una aventura intelectual que habrá de recibir carta de proyecto en marcha en los próximos Encuentros de Budapest y de Bonn, donde nuevas Academias, y nuevos académicos de Europa, reforzarán nuestro compromiso, y acrecentarán nuestro entusiasmo.

Intervención en el Encuentro de Madrid de la Academia Europea de Ciencias y Artes.